

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

← BARCELONA 7 DE MAYO DE 1888 →

NÚM. 332

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *La Tierra*, por don Fernando Araujo. — *Dos siglos y dos embajadas*, por don Julio Monreal. — *Los piluelos de Sevilla*, por don Benito Más y Prat.

GRABADOS. — *¡Al trote!* cuadro de Roll. — *San Juan Nepomuceno socorriendo á los pobres*, cuadro de M. Dite. — *Regreso de los segadores á Freneuse (Sena inferior)*, cuadro de M. Minet. — *A últimos del verano*, (tabla decorativa destinada á la nueva Sorbona), de M. Rafael Collin. — *La Dafneforia*, cuadro de Sir F. Leighton. — *Un contraste.* — *Personal de una embajada de caciques y mocetones en Chile*, copia de una fotografía. — *Un nuevo torpedero: Colocación del tubo para hacer el disparo.* — *Acto de cargar un tubo del torpedero en la cubierta superior.*

## NUESTROS GRABADOS

### PARIS, SALON DE 1888

Las grandes capitales pueden permitirse grandes lujos por lo mismo que en ellas residen y acuden á ellas las personas que reúnen á nobles aficiones y á conocimientos especiales los medios necesarios para adquirir aquellas obras del arte que la generalidad de los mortales admiran platónicamente, es decir, sin esperanzas de poseerlas. Uno de esos lujos, el más agradable y tal vez el más trascendental de ellos, es el que en París se llama *Salón* y nosotros llamamos Exposición de Bellas Artes. Bajo los auspicios del Gobierno que concede merecida, aunque insuficiente importancia á esas manifestaciones del genio, se abre todos los años el concurso de dibujo, pinturas y esculturas, visitado por una sociedad distinguida de aficionados y especuladores que adquieren esas obras á buen precio. El *Salón* viene á ser el termómetro del arte en Francia y aun en Europa, puesto que, con

sano criterio, se admiten en él trabajos de procedencia extranjera en una proporción bastante hidalga.

El día primero del mes corriente se ha inaugurado el *Salón* de 1888, y aun cuando falta tiempo para poderlo apreciar debidamente, la primera impresión ha revelado mayor número de cuadros que en los años precedentes, pero no mayor número de obras maestras. A juzgar por esta clase de exhibiciones podríamos sospechar que el arte, si no ha retrocedido, se ha paralizado en su progreso; sin embargo, también es posible que esta deducción fuese determinada por la demasiada frecuencia con que se verifican esos certámenes. Un año de intervalo es un plazo relativamente breve para que puedan apreciarse adelantos visibles en la marcha de los astros que de tarde en tarde aparecen. Por lo que toca á los maestros consumados, quizás algo inficionados por el virus del siglo, exponen en el *Salón* ó cuadros de encargo ó lienzos vendibles, tendiendo más al fomento de su caja (algunos por fortuna la tienen) que á aumentar una reputación legítimamente adquirida. Es lo que sucede en todos los certámenes: una

PARÍS.—SALÓN DE 1888



¡AL TROTE! cuadro de Roll, grabado por Baude



vez los grandes genios han penetrado en el Olimpo, procuran poseer un sitio cómodo en la mesa de los dioses, desde el cual contemplan casi desdeñosamente a la tierra. No les dirigimos un cargo; el artista es un hombre superior... en arte; pero en las restantes condiciones de la vida calcula como el vulgo de los mortales, porque está sujeto a las mismas necesidades y debilidades de estos. En este concepto, indudablemente cierto, un *Salón* es un mercado donde lo más interesante es exponer artículos de fácil salida.

Por su parte, los gobiernos que en teoría defienden la grande utilidad de proteger el arte, siendo así que gastan más en las pruebas de un cañón que en el fomento del mejor museo, no andan generalmente tan holgados de medios, que puedan destinar á premios y adquisiciones sumas importantes para exigir algo extraordinario á hombres igualmente extraordinarios. La experiencia demuestra que el artista especulador (que también los hay de esta clase) disputa las consignaciones del Estado aprovechando las circunstancias de lugar y tiempo y pidiendo al entusiasmo que despiertan ciertos asuntos el favor que debiera reservarse al mérito absoluto.

De este conjunto de circunstancias, cuya razón de ser y cuya manera de alejarlas no hemos de discutir en este momento, proviene que sean realmente contadas las obras de grande aliento que se destacan en las Exposiciones ordinarias de bellas artes. En cambio se demuestra por tales medios hasta qué punto el arte se propaga; los pintores abundan y la mayoría de los cuadros son apreciables. En ellos se estudia de notable manera la luz del sol que nace y la luz del sol que declina; el agua en estado manso y el agua en estado bravo; el cielo transparente de España y de Italia y el cielo nebuloso de las orillas del Támesis y del Sena: Venecia y Granada no tienen calle, puente, templo ni ruina que no hayan sido una y otra vez reproducidos con un esmero recomendable; los taciturnos lobos marinos, los soldados alegres y licenciosos de otros días, las odaliscas (las odaliscas sobre todo) han sido trasladadas al lienzo con mucha perfección por gran número de artistas. Pero en cambio, y por regla general, se atiende más á la impresión que al asunto, á la forma que al fondo; la naturaleza resulta más observada que el hombre, las costumbres más estudiadas que las pasiones: el artista tiende el vuelo á flor de tierra y raras, muy raras veces lo eleva á las regiones del águila.

Se nos preguntará, en vista de nuestras frases, ¿qué opinamos respecto á Exposiciones, á Salones de Bellas Artes? Pues opinamos que deben celebrarse, aunque tal vez menos á menudo de lo que se celebran; que deben ser hasta espléndidamente favorecidas por los gobiernos; que merecen ser visitadas, que deben serlo á todo evento; pero que el visitante no presuma ni menos pretenda que un *Salón* sea un Museo; el *Salón* es propiamente el Bazar del arte, el Museo es su templo; en el *Salón* se puede entrar hasta por curiosidad, en el Museo se debe entrar con respeto.

Por todo ello, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA desea que sus favorecedores tengan idea del actual *Salón* de París y al efecto empieza en el presente número la publicación de los cuadros que más han llamado hasta ahora la atención pública. Ellos comprueban lo que llevamos dicho: los artistas vuelan por lo común á flor de tierra y á flor de agua.

#### San Juan Nepomuceno socorriendo á los pobres Cuadro de M. Dite

El protagonista de este cuadro, llamado Juan por su nombre de pila y conocido por Nepomuceno de Nepomounek, población de su nacimiento, nació en 1330 y murió, ó mejor dicho fué martirizado en 1383. Fué canónigo de Praga, de cuya ciudad es patrón, y se distinguió por su amor á los pobres, de quienes era el mejor protector y amigo. Dite le representa á tiempo de salir de la iglesia, repartiendo su escaso peculio al anciano, á la viuda y al huérfano. Por su virtud y ciencia eligió confesor suyo la emperatriz Juana, cuyos secretos quiso poseer el emperador Wenceslao exigiendo del sacerdote la violación del secreto sacramental. Juan se resistió dignamente y el cumplimiento de un deber sagrado le costó la vida: el emperador le hizo ahogar en el Moldau.

El pintor Dite que inició sus estudios en Praga, conoce de sobra esa historia y ella le ha inspirado el cuadro que publicamos. Si con él ha querido rendir un merecido homenaje al santo, quizás hubiera sido preferible la escena culminante de su vida, la lucha con el emperador que le valió la palma del martirio. El asunto era realmente para tentar á un artista de gran aliento. Dite ha pintado un cuadro poco original como composición; pero sus figuras tienen vida: la del niño enfermo es un modelo de verdad.

#### LA DAFNEFORIA, cuadro de Sir F. Leighton

Este lienzo ha sido expuesto últimamente en la Academia de Pintura de Londres, de cuyo importantísimo centro artístico el autor es presidente; título bastante para apreciar el concepto que merece á sus compatriotas.

La Dafneforia, como si dijéramos *Fiesta á Dafne*, se celebraba en Tebas cada nueve años, organizada por un joven de una de las principales familias, cuyos padres debían vivir al tiempo de celebrarse la procesión ó comitiva que se dirigía al templo de Apolo Gelasio. Ramas de laurel eran ostentadas en esta fiesta, recordando sin duda la metamorfosis de Dafne que, perseguida por Apolo, con miras poco dignas de un dios, invocó en su ayuda á los soberanos del Olimpo, que la convirtieron en laurel. Apolo corrido pero no desesperado ni mucho menos, tomó el chasco con calma é hizo del árbol á que había trasmigrado su amante el símbolo de la inmortalidad.

Leighton ha pintado la procesión tebana no sólo como artista de primera fuerza en dibujo y composición, sino como arqueólogo consumado que lleva hechos muy serios estudios de la antigüedad clásica. El gran número de figuras que hay en el cuadro no le embarazan en lo más mínimo, y al par que las agrupa con arte, dota á cada una de ellas de los accesorios que sólo tiene presentes el artista cuando domina el asunto que trata. Quizás se nos diga que esas *minuciosidades* son propias de un inglés; á lo cual contestaremos que algo pagarían algunos artistas célebres por ser *ingleses* del calibre del autor de la Dafneforia.

#### Personal de una embajada de caciques y mocetones en Chile

Agradecemos á D. Rafael Jover el envío de esta perfecta fotografía, que deja formar cabal concepto de unos tipos poco conocidos y cada día más interesantes para el historiador, el geógrafo y el naturalista. La embajada de caciques y mocetones que reproducimos, fué destinada á parlamentar con las autoridades de la frontera de Chile, desde cuyo punto se nos ha remitido la fotografía.

#### UN NUEVO TORPEDERO

Los torpederos parecen estar hoy á la orden del día. Uno de los más notables que se han construido recientemente por iniciativa del Almirantazgo Británico es el que lleva por nombre *Rattlesnake*, de 450 toneladas y 2,700 caballos de fuerza. Parece imposible que en un buque tan pequeño pueda hallar colocación todo el material necesario, como máquinas, carbón, etc.; pero gracias á la admirable distribución de los compartimientos, se ha conseguido acomodarlo todo perfectamente.

Nuestros dos grabados representan, uno de ellos el acto de cargar un tubo del torpedero en la cubierta superior; y el otro, la manera de colocarlo en el momento en que se debe disparar.

El *Rattlesnake*, todo de acero, tiene muy reducidas dimensiones; mide 200 pies de longitud entre perpendiculares; 23 en su mayor anchura; 10 de calado, por término medio, y 16 de profundidad. Ochenta toneladas de carbón, que es su complemento, le bastan para recorrer con su mayor velocidad 1,500 millas, y podría franquear 2,500 con la misma cantidad de combustible á razón de 15 nudos por hora.

#### «LA TIERRA» DE ZOLA

¿Os habéis formado alguna vez la imagen del desierto, esa inmensa sábana de arena quemada por los rayos del sol de los trópicos, sin una mata de hierba que alegre la vista, sin un soplo de aire que refresque la asfixiante atmósfera, sin un accidente de terreno que rompa la monotonía del paisaje, con olas de arena á la izquierda, olas de arena á la derecha, olas de arena detrás y olas de arena delante, emanaciones que queman de abajo arriba y rayos que abrasan de arriba abajo? ¿Os habéis representado la horrible ansiedad del viajero, sofocado por el calor y por la sed, fustigando furioso su rápida cabalgadura sin otro anhelo que el de descubrir un oasis donde descansar? Pues no otra cosa es *La Tierra*. Imaginaos una inmensa cloaca tan grande como el desierto, despidiendo los más nauseabundos olores y en la que se agitan en espantosa confusión multitud de seres humanos cubriéndose de las más repugnantes suciedades, aquí matándose unos á otros, allá vomitando blasfemias, en este lado revolviéndose en la crápula y en el otro encenagándose en el más repulsivo egoísmo y tendréis una idea aproximada de la última creación de Zola; el lector que se aventura á recorrer las páginas del libro avanza cada vez con más precipitado paso oprimido el corazón y sublevada la conciencia, ansioso de encontrar en aquel inmenso lodazal y entre aquellas repugnantes figuras un oasis de limpieza y de honradez donde poder descansar la vista y calmar la irritación del ánimo; pero las páginas siguen y siguen y los pliegos se suceden unos á otros y se llega jadeante al fin, nublados los ojos y con el corazón en un puño, llena la mente de los crímenes más nefandos, con la náusea del asco en el estómago y con el horror de ser hombre en el alma, sin haber tropezado en aquel tenebroso viaje con una sola figura que pudiera reconciliarnos con la humanidad.

La reacción, sin embargo, no tarda en producirse y un grito de indignada protesta brota espontánea del fondo de nuestra conciencia. ¡No! Esa humanidad que aparece como fotografiada en *La Tierra*, no es la humanidad verdadera, sino la creación de un cerebro enfermo ó extraviado, agriado por los reveses de la suerte, ó dotado de unos sentidos especiales, hechos sólo para ver el crimen, para oler la podredumbre, para gustar lo amargo, para oír maldades y para palpar escorias y excrementos ¡No! La humanidad no es buena seguramente; pero al lado del egoísmo se encuentra la abnegación, junto á la lujuria se halla la castidad; en frente del avaro suele tropezarse con el hombre generoso y desprendido, y en todas partes sobre la abominada realidad del vicio se alza la consoladora y bendecida realidad de la virtud.

El autor de *L'Assommoir* y de *Nana* nos tenía ya acostumbrados en cierto modo á esa exhibición aparatosa é insultante del crimen, y ciertamente que el que leyera *La Tierra* no lo hacía con la esperanza de encontrar en ella imágenes risueñas, ni escenas plácidas é inocentes, ni dulces emociones. Es mal parto antiguo en todos los jefes de escuela el exagerar los principios en que se asienta su reputación; y así en la esfera religiosa vemos á Cerulario en Oriente y á Lutero en Occidente agrandar cada vez más las diferencias que les separan de la Iglesia católica hasta convertirlas en verdadero abismo, del que salen el cisma griego y la reforma protestante; así en la esfera literaria vemos á los Góngoras y acentuar poco á poco los hinchados conceptos, revesadas imágenes y dislocadas transposiciones de los frutos de su ingenio hasta producir el intrincado laberinto de *Las Soledades*, modelo del género; así en la esfera de las artes plásticas contemplamos á un Churriguera encariñándose cada vez más con las líneas quebradas y retorcidas y con los adornos abultados y multiplicados, prodigando unas y otros sin medida á las columnas y á los arquivadas, á los frontones y á los entablamentos, á los paramentos y á los huecos hasta producir el enrevesado estilo churrigueresco; así en la esfera de la filosofía vemos á Augusto Comte fundar la escuela positivista, y de día en día más apasionado por sus concepciones, descender de escalón en escalón hasta crear el ridículo culto de que se proclamó pontífice máximo; así en la esfera de las ciencias naturales seguimos paso á paso la escuela de la evolución y la vemos remontarse de consecuencia en consecuencia ó de inducción en inducción, hasta sostener que todo lo existente procede, por vía evolutiva, de un germen primitivo y único; así en la esfera económica, quebrantados teórica y prácticamente los principios del derecho de propiedad, vemos sostener á Proudhon la máxima de que «la propiedad es un robo»; así en la esfera política, destrozados por Richelieu los poderes tradicionales, nobiliario y popular de la Edad media, pudo Luis XIV, al contemplarse sin rivales, crearse la personificación de su reino pronunciando la famosa frase, credo del absolutismo: «El Estado soy yo.»

Emilio Zola, jefe de escuela, no podía eximirse de esta ley; el éxito creciente de sus obras, arrebatadas por el público apenas publicadas, y traducidas en seguida á todas las lenguas, tenía que empujarle en el camino emprendido; las contradicciones con que lucha toda nueva escuela, no podían menos de contribuir á que afirmase cada

vez más sus principios ó su *manera*, empeñándole en dar mayor relieve y bulto á todo cuanto constituye la especialidad de su género; así procedieron los clasicistas, así los románticos, y así tienen que proceder los realistas y naturalistas; y del mismo modo que aquellos cayeron en descrédito, los unos por su servilismo y los otros por su libertad, caerán estos también, rodando de peldaño en peldaño por la escala de sus exageraciones hasta enajenarse las simpatías del público.

El rápido descenso por la pendiente del naturalismo del autor de los *Rougon-Macquart* descubierto en *L'Assommoir* y acentuado en *Nana*, *Germinal* y *El vientre de París*, es en *La Tierra* carrera vertiginosa, que le lleva en derecha el abismo; así se comprende que mientras sus anteriores producciones han circulado sin seria oposición por todas partes, *La Tierra* haya tropezado con terminante prohibición en Inglaterra, en Alemania y en Rusia. El que conozca *Nana* se preguntará sin duda: ¿qué nuevas suciedades pueden revelarse en *La Tierra* que justifiquen ó expliquen esa prohibición? Es menester leer *La Tierra* para comprenderlo; *Nana* al lado de *La Tierra* es un idilio inocente; el autor de *L'Assommoir* dista del autor de *La Tierra* tanto como una bellota dista de una encina; siempre es Emilio Zola; pero allí está en germen y aquí se muestra en todo su desarrollo; es la fuerza misteriosa de la incubación, favorecida por el calor de un público que arrebatada de las librerías ediciones de 111,000 ejemplares, como la de *Germinal*, ó de 150,000 como la de *Nana*, con escándalo de las almas timoratas, aunque sin sorpresa de los espíritus ilustrados, la que produce ese efecto; pero por lo mismo que tan maduro se muestra el fruto del realismo en *La Tierra*, tan maduro que la corrupción apunta por varios sitios y penetra por alguno hasta el mismo hueso, todo hace esperar que no tardará en acabarse de corromper, apestando con su olor y alejando para siempre al público, á ese público, siempre el mismo, al que en tiempo de Lope había que hablar en necio para darle gusto, como hoy es preciso hablarle en sucio; pero que entonces se hartó de necedades como no tardará en hartarse de porquerías.

En *Nana* la heroína es una mujer perdida que contagia con sus vicios á cuantos la rodean; por eso el lector aunque lamente la elección de asunto y censure ciertas crueldades, se explica después de todo, que el libro no dé otra cosa de sí que escenas de crápula y de liviandad, escándalos, torpezas y crímenes, séquito obligado y atmósfera adecuada para la vida de una mujer como *Nana*. Pero en *La Tierra* cuya acción se desenvuelve en el pueblecillo de Rognes y cuyos personajes son sencillos labradores, había en cierto modo derecho para esperar otra cosa; no porque entre la gente del campo no pueda haber hombres depravados, sino porque el medio ambiente que en los pueblos se respira no es el más á propósito para que el vicio en sus diversas formas se ostente dominador y triunfante, ó por decir mejor, dueño absoluto de todas las familias y señor de todas las conciencias.

Es difícil, por lo resbaladizo del asunto y lo vergonzoso de las escenas, dar una idea aproximada del argumento de *La Tierra* y del desarrollo de su acción, tejido repugnante de infamias y torpezas, expuestas sin consideraciones con la frialdad del anatómico en un lenguaje crudo, sin perífrasis no atenuaciones. Los personajes de *La Tierra*, gente del campo en su mayoría, en quienes se pretende que veamos, no individualidades aisladas, sino representantes caracterizados de la clase á que pertenecen, son de tal pasta todos ellos que harían renegar de la vida de aldea, al más entusiasta de sus tranquilos goces. Fouau, el jefe de la familia protagonista de la novela, es un egoísta, lo mismo que Rosa su mujer; su hijo mayor, apodado con un nombre (*Jesucristo*) que en tal personaje es una blasfemia, es un borracho y un ladrón; Buteau, su hermano, es un ladrón y un asesino; el señor Charles y su mujer son los amos de una mancebía de Chartres retirados en Rognes después de explotar aquel negocio, dejándolo en manos de su hija Estrella; Hourdequin es un adúltero; Leugaigne es un estanquero que se muestra orgulloso con su hija Susana enriquecida con el comercio de su honra; Juan, uno de los tipos menos repugnantes de *La Tierra*, es un licenciado de ejército que engaña á su amo Hourdequin robándole las caricias de su querida y que no vacila en violar á una desgraciada joven; Cañón es un merodeador y un anarquista; Macqueron es un vanidoso; Troun un asesino y un incendiario; Bech un borracho capaz de faltar á todos sus deberes por una copa de aguardiente; Legieu un hipócrita; Hilario un imbécil incestuoso que quiere violar á su abuela; y hasta el P. Godard, párroco de Baroches-le-Doyen, un grosero; tal es la... seductora galería de hombres que Zola nos presenta en su obra como tipos de los habitantes del campo.

Las mujeres son dignas en todo de tales varones; la Grande es una vieja sin entrañas que deja morir á su hijo y á su nieta, que mata á su nieto de un hachazo y que da con la puerta en las narices á su hermano Fouau, cuando en una noche horrible le pide hospitalidad por compasión; Elisa es una joven que conoce de soltera los dolores de la maternidad, que ayuda á matar á su tío, suegro y tutor para heredarle, sujeta á su hermana para que su marido la viole y después de violada la asesina; la Trouille es una desvergonzada que anda siempre acechando la ocasión de propornarse goces sensuales y que vive del robo y del merodeo; Francisca, el tipo menos antipático de la obra, es una desgraciada que sólo resiste á la tentación de la lujuria por orgullo; Estrella y Elodia son dos jóvenes educadas en colegio que no vacilan en tomar á su cargo la gerencia de una casa de prostitución; Fanny es una hija que

ve á su padre desfallecido y hambriento y por rencor no le ofrece un asilo en su casa; *Santiaguilla* es una perdida que llega á dominar á su amo con sus marrullerías y que le engaña á cada paso con todos los mozos que entran y salen en la granja; *Flora* y la *Becú* unas adúlteras; *Susana* una prostituta; *Palmira* una incestuosa que se entrega sin protesta á su hermano; *Berta* una hipócrita que mina su salud y sus fuerzas con goces solitarios y hasta la *Lapin*, figura secundaria de paso, es una vieja infame que enseña horribles fórmulas para hacer abortar á solteras y casadas.

¿Pueden reunirse en un solo cuadro figuras más repugnantes y odiosas? Siempre han existido, existen y existirán mujeres infames que comercian con su honra, ó que se entregan al primer adventizo por placer; hombres avaros, ladrones, asesinos, incestuosos é incendiarios. Pero ¿es real, existe en alguna parte una agrupación de seres humanos constituyendo todo un pueblo en el que sólo se encuentren tan repulsivos tipos? Y si ese pueblo no existe ¿dónde está el pretendido realismo de la escuela que reconoce á Zola por jefe?

El realismo! Jamás he podido comprender porqué se llama realismo la exposición del vicio, del mal y de la fealdad. ¿Pues qué! ¿Por ventura no son una realidad también la virtud, el bien y la belleza? ¿Es que sólo puede aspirar al título de fotógrafo de la naturaleza el que retrata á una asquerosa vieja, jorobada, tuerta, mugrienta y coja en una postura indecente, mientras se niega el mismo título al que retrata á una encantadora joven elegantemente vestida, con la flor de la inocencia en la frente y la dulzura de la modestia en los ojos? Si se niega la realidad de la belleza y de la virtud pura, calificando los tipos que las representan de imaginarios, ¿no son por lo menos igualmente imaginarios esos otros tipos en que sólo se descubre la fealdad y el vicio? Realidad por realidad, prefiero siempre la realidad de la hermosura de una perfumada flor, á la realidad asquerosa de un montón de suciedades; la realidad de Leónidas muriendo con sus trescientos espartanos en defensa de la patria, á la realidad de Efilates descubriendo al enemigo el desfiladero por donde sorprender á sus conciudadanos. Imaginación por imaginación prefiero también en todo caso la figura ideal de la Cimodocea de Chateaubriand á la figura ideal del monstruo de la epístola de Horacio; la dulcísima evocación del Ángel de la Guarda á la evocación horrible de una inmunda bruja.

El mal y sus derivaciones se nos presenta siempre en esta vida unido al bien, como el bien se nos ofrece del mismo modo unido al mal; el que pretenda pintarnos el mal solo dándonos su pintura como la imagen de la vida real, se equivoca tanto como el que sólo nos describiera el bien, sosteniendo que en la vida no se halla otra cosa. El fotógrafo que instala su máquina ante las primorosas esculturas de una fachada gótica, recoge en su placa fotográfica aquellos primores, pero recoge también las descalabradas de los santos de piedra, los negros manchones dejados por la humedad, y las incorrecciones todas del dibujo ó del cincelado del artista; esa es la realidad y no otra cosa: el mal junto al bien, la fealdad junto á la belleza: por eso al fotógrafo se le puede llamar copista de la realidad.

Pero ¿es Zola un fotógrafo de la realidad, como se pretende? ¿Es *La Tierra* una fotografía de vida de aldea? La conciencia protesta indignada contra semejante suposición; no existe aldea ninguna, en ninguna parte del globo, en que vivan tan sólo esos monstruosos campesinos; sería preciso ir á una colonia penitenciaria, á Fernando Póo ó á la Nueva-Caledonia para encontrar tal montón de escorias humanas y ni aun allí se las encontraría tan descarnadas que no pudieran sacarse de ellas, sometiéndolas de nuevo al crisol, algunas partículas de sentimientos generosos y laudables.

En todos los tiempos y en todos los países ha producido la literatura obras en que la libertad del lenguaje y del asunto han campeado sin temor, obteniendo la más favorable acogida del público y llegando por los méritos de su lenguaje á ocupar brillante puesto entre los libros clásicos; la *Biblia* nos ofrece multitud de pasajes cuya crudeza y desnudez nada dejan que desear á los cultivadores del género; Aristófanes en Grecia como Plauto en Roma, nos presentan en sus comedias las escenas más libres sin andarse con rodeos; el *Decamerón* de Boccaccio en Italia, como la *Celestina* y las obras del Arcipreste de Hita en España, ó las poesías de los Trovadores en Provenza ó los cantos



SAN JUAN NEPOMUCENO SOCORRIENDO Á LOS POBRES, cuadro de M. Dite

de los Minnesingern en Alemania ó el *Pantagruel* de Rabelais en Francia, no se andan tampoco en cumplimientos para presentarnos al desnudo los vicios de la sociedad de su tiempo. ¿Tienen algo de común con Zola todos estos autores, y podemos considerar sus obras como los precedentes de *La Tierra*, estableciendo su filiación más ó menos directa é inmediata? De ninguna manera: entre Aristófanes, Boccaccio, Cota, Rabelais y Zola no existe otro parentesco ni otra semejanza que el de ser todos ellos insignes cultivadores del lenguaje; pero mientras aquellos persiguen un fin moral ó se proponen regocijar el ánimo con alegres caricaturas ó con amenas críticas de la vida, ó con pinturas en que campea la libertad de expresiones que el tiempo autorizaba sin que nadie entonces se ofendiera, Zola narra por narrar y una vez comenzada la urdimbre de sus obras la prosigue sin descanso, caminando sin detenerse por entre tanto lodazal como si, nuevo Judío errante, se hallara condenado á una perpetua peregrinación por medio de un mundo repleto de basuras.

Jamás he podido comprender cuál es la misión de una literatura que no tenga por fin, como todo arte, la expresión de la belleza en sus varias manifestaciones. Los cuentos de Hoffman, de Grimm, de Perrault, de Andersen, vigorizan la imaginación enriqueciendo el material de sus representaciones; las novelas de Julio Verne y de Maine-Reid difunden la ciencia deleitando; las de Alejandro Dumas y Ponsón du Terrail amenizan las horas de ocio interesando poderosamente al lector con sus dramáticas narraciones, despertando y fortaleciendo en él los sentimientos del corazón; todas responden á algún fin más ó menos laudable y generoso. Pero las novelas de Zola ¿qué vacío llenan y á

qué fin obedecen? ¿A perfeccionar el corazón? No, sino á corromperlo. ¿A regocijar el ánimo? No, sino á entristecerlo. ¿A hacer más llevaderas las miserias de la vida? No, sino á hacerlas insostenibles. ¿A cultivar la inteligencia? No, sino á embrutecerla. ¿A fortalecer la voluntad? No, sino á aniquilarla. ¿A dulcificar las pasiones? No, sino á sublevarlas y aguijonearlas. ¿A despertar los buenos sentimientos? No, sino á deprimirlos y ahogarlos. Si los personajes de *La Tierra* fuesen una realidad, si la aldea de Rognes fuera el tipo de todas las aldeas, sería preciso renegar de la condición humana en que hemos nacido y pedir al cielo que nos convirtiera en bestias porque las bestias serían mucho más humanas que los hombres.

Pero no pidamos á Zola lo que no puede ni quiere darnos; si le hablamos de belleza, ó de instrucción ó de virtud, tiene derecho á encogerse de hombros y decirnos: «¿Es que os he prometido por ventura algún sermón? Yo soy un fotógrafo que con mi máquina al hombro, la instalo allí donde me parece y recojo las placas sin cuidarme de otra cosa que de la exactitud de las reproducciones: cuando tengo reunido suficiente número de ellas formo un album y lo entregó al público; ahí termina mi misión.» Pues bien, aceptada la discusión en ese terreno, yo niego en primer término que ese modo de fotografiar constituya un arte, y niego después la exactitud de la fotografía y la imparcialidad del fotógrafo, y sostengo por último que todas esas pretendidas placas fotográficas, por lo inexacto de la reproducción y lo repugnante de lo reproducido, deben arrojarse al muladar que se obstinan en representar y que sólo revela el depravado gusto del supuesto fotógrafo.

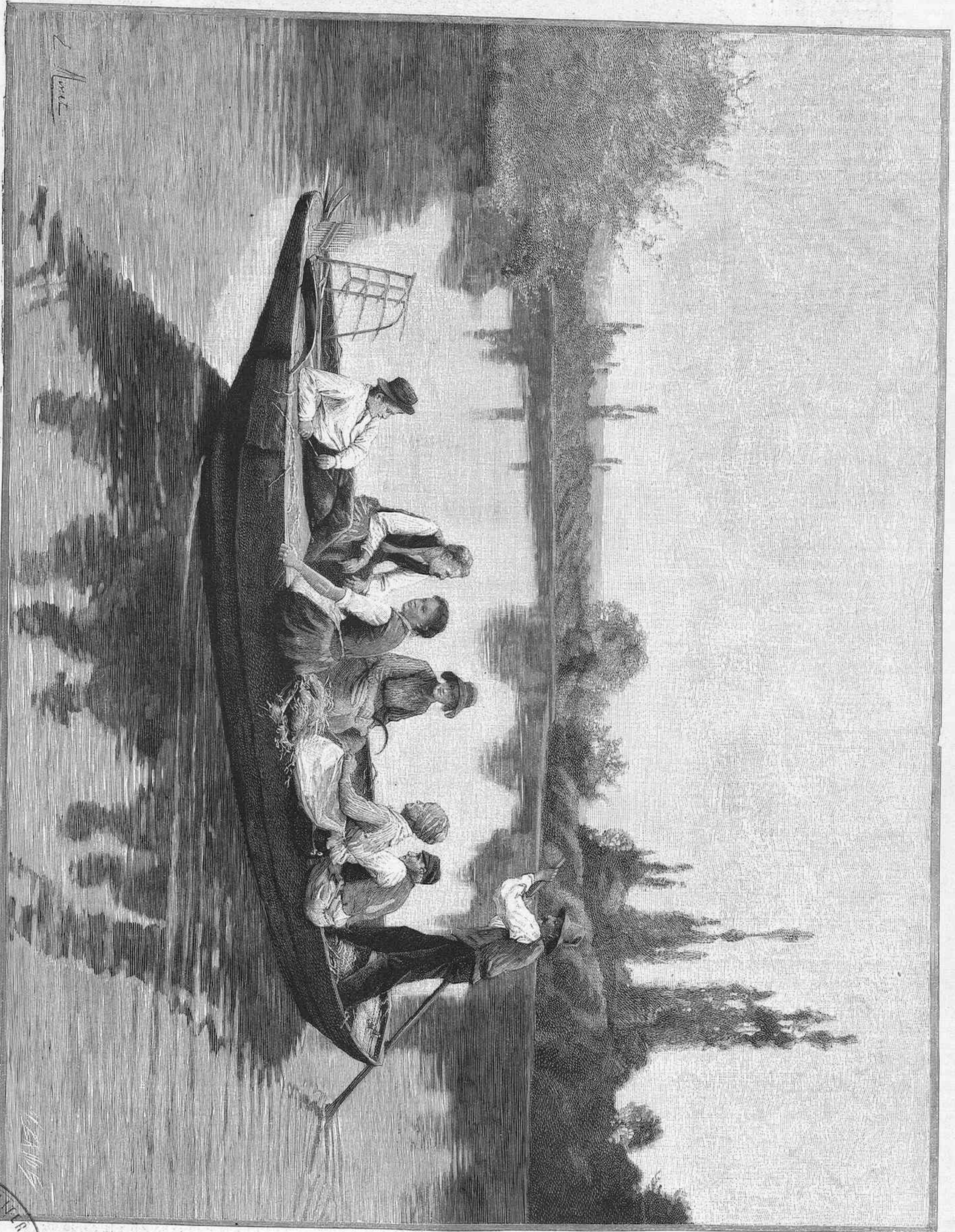
He dicho algo de los personajes que figuran en *La Tierra*; pero para probar hasta qué punto son exactas mis afirmaciones necesito, aunque la pluma se resista á ello, mostrar el género de escenas que Zola nos obliga á presenciar, dignas naturalmente de los escogidos actores que en ellas figuran. La novela comienza por un acto en que toman parte un toro, una vaca y una niña, é inaugurando el catálogo de suciedades con tan estupenda ocurrencia, Zola nos regala en variados cromos, matizados sin escrúpulo, un incesto, dos adulterios, siete tentativas de violación seguidas de la consumación de un adulterio incestuoso, doce estupro, cuatro asesinatos, multitud de robos, nueve escándalos, tres borracheras y dos incendios; para completar sin duda tan lucida galería de cuadros asistimos también al parto de una mujer y al de una vaca, á la borrachera vomitona en un boricco, á dos escenas de las cantadas con épica trompa en *Los Perfumes de Barcelona* y á catorce variadas explosiones de ventosidades que á Zola le deben haber parecido del mejor gusto y sumamente agradables por el empeño que muestra en agotar el género, coronándolas con una famosa apuesta en que figuran dos hombres

subidos en una mesa de taberna con los pantalones caídos apagando velas ante numeroso y asombrado concurso que reía á mandíbula batiente á cada nueva detonación. Todo esto por supuesto se halla amenizado con los más minuciosos y crudos pormenores y narrado con una impasibilidad y una frialdad que da quince y raya al método histórico adoptado por Thiers al describir las atrocidades de Nantes, ó los degüellos de la Conserjería ó el suplicio de los desgraciados compañeros de Vergniaud en la revolución francesa.

Y vuelvo á mi tesis; ¿puede llamarse arte á ese modo de fotografiar? Si el arte tiene por norte la belleza, seguramente en *La Tierra* habrá todo lo que se quiera menos arte. ¿Es exacta esa fotografía de la vida, sucesión de crímenes, canalladas y torpezas? Apelo al testimonio de todos mis lectores, seguro de que no habrá nadie que no esté convencido de la falsedad de semejante concepto. Repito lo que antes dije: la humanidad no es buena seguramente; pero al lado del egoísmo, se encuentra la abnegación; junto á la lujuria se halla la castidad; en frente del avaro sueña a tropezarse con el hombre generoso y desprendido y en todas partes sobre la abominada realidad del vicio se alza la consoladora y bendecida realidad de la virtud.

Arranquemos pues á Zola y á su escuela el inmerecido título de realismo, con que han bautizado sus concepciones. ¿Cuánto más realismo hay en la novela *¡Hijo mío!* del italiano Farina ó en *El sabor de la Tierra* del español Pereda, que en *La Tierra* de Zola! Concibo que se llamen realistas á pesar de sus cómicas exageraciones las novelas de Paul de Kock en que se suceden los tipos que hacen reír á los tipos que hacen llorar, los cuadros de depravación á los cuadros de heroísmo, los gritos salvajes de

PARIS.—SALÓN DE 1888



REGRESO DE LOS SEGADORES A FRENEUSE (SENA INFERIOR), cuadro de M. Minet, grabado por Baude

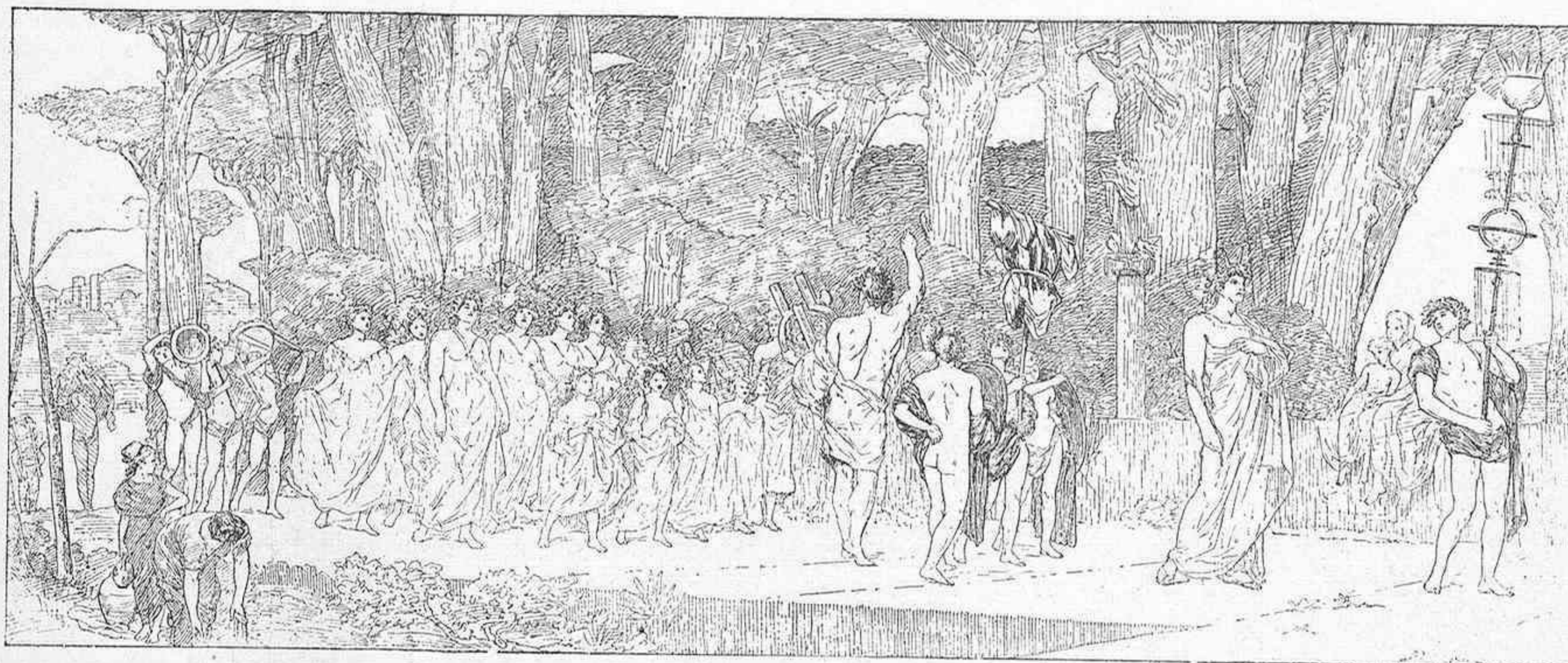


PARÍS.—SALÓN DE 1888



Á ÚLTIMOS DEL VERANO (tabia decorativa destinada á la nueva Sorbona), de M. Rafael Collin, grabado por Baude





LA DAFNEFORIA, cuadro de Sir F. Leighton

la pasión á los gritos severos de la conciencia, que así es la vida y no de otro modo; pero llamar realistas las novelas de Zola!... ¡Llamar realistas unas escenas vistas á través de lentes engañosos que ocultan todo lo bueno para sólo dejar ver todo lo malo, reflejadas en una imaginación dotada sólo de colores sombríos, y trazadas por una mano por la que corre la sangre helada de un temperamento pesimista y de una idiosincrasia misantrópica! ¡Qué aberración! Sólo podría aceptarse esa denominación haciendo la distinción de la realidad en sus dos fases: la realidad del bien y la realidad del mal, y entonces podríamos dejar á Zola el triste privilegio de ser el pintor de todas las perversiones y de todas las porquerías; pero en ese caso para evitar equívocos, valdría más sustituir el nombre de la llamada escuela realista cambiándolo por el de escuela *zolesca*; así al menos no inferiríamos agravio alguno á la verdadera realidad y todos sabríamos á qué atenernos.

FERNANDO ARAUJO

## DOS SIGLOS Y DOS EMBAJADAS

Poco ha que, con motivo del jubileo sacerdotal de León XIII, enviaba España un embajador extraordinario al Vaticano, en obsequio al Pontífice, y una de las fiestas que con motivo de aquella solemnidad se celebraron, fué la canonización de algunos santos, entre los que se contaba el beato Pedro Clavé, hijo del antiguo principado catalán.

Los periódicos romanos describieron aquella función religiosa, y tomándolo de aquéllos, pudo la prensa española dar noticia de los festejos.

No deja de tener cierta analogía con este suceso otro acaecido en el siglo XVII, en que también el rey de España envió á la ciudad eterna un embajador extraordinario, como especial obsequio al papa entonces reinante, y asimismo para asistir á la canonización, no menos que de cinco santos españoles, muy señalados todos ellos en los anales de la Iglesia.

Ni los progresos de la imprenta, ni los de las públicas comunicaciones eran en aquel siglo como en el presente, y si tenemos hoy noticia bastante puntual, débese á relaciones particulares, que los archivos y las bibliotecas han conservado, bajo el polvo que los tiempos han acumulado sobre los viejos manuscritos.

A estos acudiremos hoy al reseñar la embajada española de que hemos hecho mención, para entretenimiento de los que en la lectura de estas antiguallas encuentran solaz.

Un año iba á cumplirse desde que Felipe IV se había sentado en el trono de Castilla, por muerte de su padre, acontecida el día 31 de marzo de 1621, y deseando el joven monarca cumplir con las prácticas de consideración á la Sede Apostólica que sus predecesores habían generalmente manifestado, resolvió enviar á Roma una embajada extraordinaria, á prestar obediencia á la Santidad de Gregorio XV, que había subido á la silla de San Pedro, casi al propio tiempo que Felipe al solio de San Fernando (1).

Aunque por entonces era el duque de Albuquerque nuestro embajador ordinario en Roma, el conde de Olivares persuadió al Rey á enviar un embajador extraordinario para tan alto fin, porque entraba en los suyos particulares conferir esta elevada distinción á uno de sus parciales.

Con laboriosa insistencia había ido el nuevo favorito alejando de los empleos palaciegos á cuantos los habían disfrutado en tiempo del difunto rey, distribuyéndolos entre sus hechuras.

(1) Gregorio XV fué elegido papa el 9 de febrero de 1621. Breve fué su pontificado, pues falleció el 8 de julio de 1623.

Una de estas era el conde de Monterey, su cuñado, esposo de doña Leonor de Guzmán, su hermana.

Ya había logrado que el Rey le confiriese la grandeza de España, distinción que, como aun no se había prodigado, era muy estimada.

Bien sabía esto por propia experiencia Olivares, que artificioosamente la pretendió largo tiempo para sí, engendrándose tal vez su odio implacable contra D. Rodrigo Calderón en las dificultades que éste le suscitó siempre para ello, cuando él era el poderoso y D. Gaspar simplemente gentil-hombre del príncipe D. Felipe.

Fué objeto de la murmuración la grandeza de Monterey, á quien no se juzgaba digno de ella, y por eso el conde de Villamediana, que le zahirió por tal caso repetidamente en sus sátiras, decía en el estrambote de un soneto, en el que por cierto no salían tampoco muy bien librados otros grandes de abolengo:

Que entre *granacsa* tanta  
Le hallé como escarpiñ entre una manta (2)

Pero Olivares no se detenía ante las censuras y él, que había dado también la llave de gentil-hombre á su otro cuñado el marqués del Carpio y á D. Luis de Haro, hijo de éste, invistió con el cargo de embajador extraordinario á su predilecto Monterey.

Este, que era fastuoso de suyo y sabía que representaba al que se tenía por el mayor monarca de su tiempo, salió para Roma con grande séquito de servidores y con una recámara de extraordinario lujo y riqueza.

Con este aparato desembarcó en Civitavecchia el día 10 de marzo de 1622, y en aquella ciudad, noticiosos de su llegada, estaban aguardándole el embajador ordinario duque de Albuquerque, el cardenal Borja, el condestable de Nápoles, el príncipe de Palestina, el duque de la Richa, el marqués de Tarsis, el abad Gaetano y otros caballeros.

También salió con tal objeto el cardenal español Trejo, pero tuvo que regresar enfermo á Roma antes que llegase Monterey, á quien después de todo tal vez no mirase con grande afecto, por ser el cardenal sobrino del desdichado marqués de Sieteiglesias, en quien pocos meses antes ejerciera tan implacable castigo el de Olivares, á pesar de los empeños del cardenal, á quien desabridamente se hizo tornar á la ciudad del Tíber, cuando á toda prisa se dirigía á Madrid.

En Civitavecchia halló Monterey espléndido hospedaje, que el Papa le tenía apercibido en uno de sus palacios, donde fué agasajado por extremo por el mayordomo y criados de Su Santidad.

No se detuvo el embajador más que el tiempo preciso para comer y aquella tarde misma partió para Roma, pues quería asistir á la gran solemnidad preparada para el día 12, que era la canonización antes indicada de los cinco santos españoles, que lo eran San Isidro, San Ignacio de Loyola, San Francisco Xavier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.

Durmió aquella noche en una casa, frente á la marina, llamada de Santa Severa, de donde salió á la mañana temprano, llegando á comer á la famosa granja, conocida con el nombre de Polidoro, que distaba sólo ocho millas de Roma.

Allí salieron á recibirle á cosa de las cuatro de la tarde, con carrozas de seis caballos, muchos señores romanos, que serían al todo más de ochenta, entre los que estaban el hermano del Pontífice, un *nepote* suyo, seglar, y varios cardenales.

Apeóse en Roma en el palacio de Albuquerque en el Corso, donde le tenían preparado un suntuoso alojamiento, con tapicerías de seda y oro.

Aquella tarde misma le visitaron otros muchos señores y cardenales y luego que se hizo de noche fueron Albuquerque y Monterey al Vaticano á besar el pie al Papa, pasando después al aposento del cardenal Ludovisi, tam-

bién *nepote* ó sobrino de aquél, volviendo *incontinenti* la visita al hermano del Pontífice.

El siguiente día, sábado, dedicaronlo ambos embajadores á asistir á las ceremonias de la canonización, que fueron espléndidas, por el grande empeño que la corte de España había mostrado en que aquellos bienaventurados pasasen al catálogo de los santos.

Todo esto fué parte para que se designase el martes 15 de marzo para celebrar la solemne entrada en Roma del conde de Monterey, la cual se hizo según costumbre desde la *Villa* del papa Julio, suntuosísima estación pontificia, así llamada porque fué construída por Julio III, de la fastuosa y artista familia de los Médicis.

Lenguas se hacen las memorias de aquel tiempo de la ostentación y riqueza que el español desplegó con este motivo y de ella se dará aquí una muestra siquiera sea breve, para formar

idea de las costumbres de aquel tiempo. Desde luego todos los señores españoles que de la embajada formaban parte, principiando por Monterey, dieron librea nueva y rica á sus criados, y sabido es que entonces el mayor número de estos demostraba la calidad de la persona.

El embajador Monterey vistió su servidumbre de paño de Segovia, de color oscuro, cuajado de caracolillo de oro, sobre pestañas de raso negro, con el jubón de raso plateado de la misma guarnición, toquillas bordadas de oro y grandes penachos negros y dorados.

El lucía un magnífico traje de color leonado, bordado riquísimamente en oro, ostentando joyas de incalculable valor.

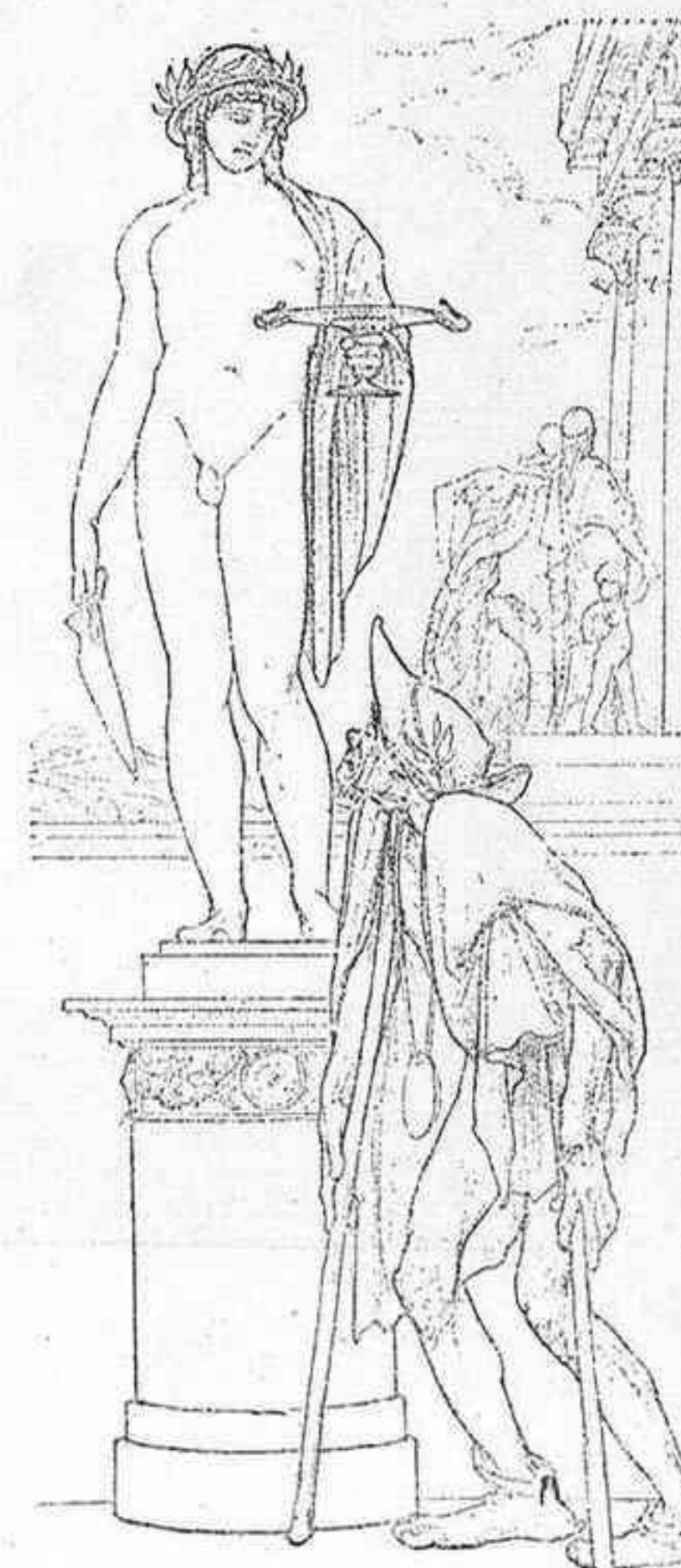
El marqués de Frómista salió de verde, negro y oro y sus criados lucían librea de paño azul, con pasamanos llamados de Santa Isabel.

Don Juan de Eraso vestía de negro, verde y plata y dió á sus criados librea de paño verdoso, con alamares negros.

Galán iba D. Pedro de Haro con vestido grana y oro, seguido de sus criados con trajes de color ceniciento, guarnecidos de azul y naranjado, mientras D. Sancho de Fonseca ostentaba vestido de color noguerado y oro, siendo la librea de sus criados de gorgorán azul, que era una tela de cordoncillo de seda, que hizo guarnecer de pasamanería de plata.

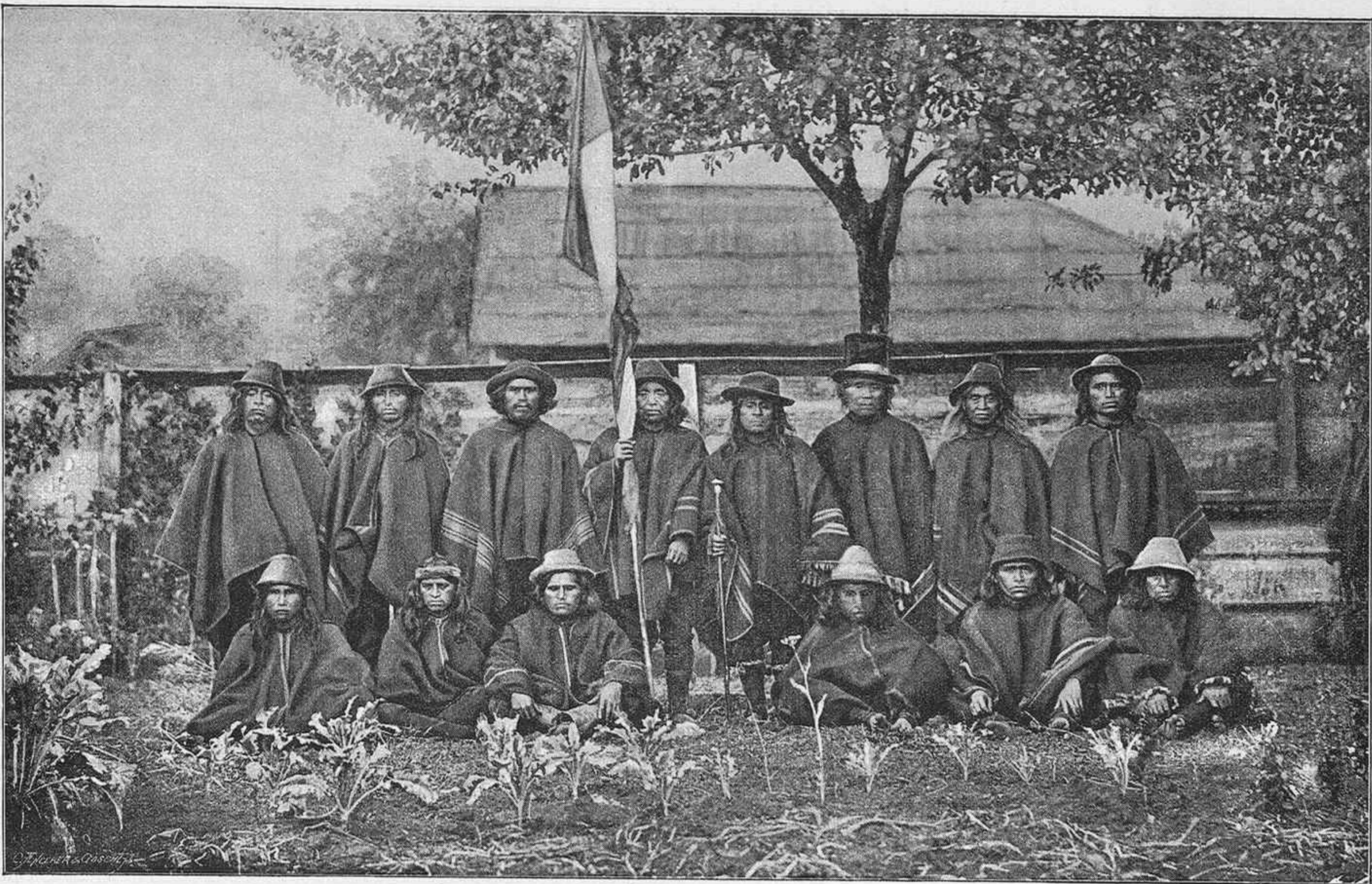
Don Martín de Aragón iba de cabellado oro y negro y la librea de su servidumbre de paño verdoso, con botones de seda y oro, y D. Diego de Oca llevaba un traje leonado y oro y la librea la dió de paño celeste con alamares negros.

Sobre tan lucidos trajes mostraban á porfía todos los señores las más ricas joyas y así salieron á la una de la tarde de la *Villa* del papa Julio, habiéndolo hecho á tal hora por haber estado el Pontífice con su guardia y los caballeros romanos que debían acompañarle, en la función religiosa que á San Ignacio, canonizado el día ante-



UN CONTRASTE

(2) Bib. Nac. ms. - M. 200.



PERSONAL DE UNA EMBAJADA DE CACIQUES Y MOCETONES DESTINADA Á PARLAMENTAR CON LAS AUTORIDADES MILITARES DE LA FRONTERA DE CHILE, (copia de una fotografía)

rior, había dedicado aquella mañana la Compañía de Jesús.

Al magnífico séquito ya descrito, aumentado con veinte gentiles-hombres del conde de Monterey, ricamente engalanados de seda y oro, hizo aquél que precediesen dos correos con trajes húngaros, ostentando al pecho escudos con las armas del Rey de España y pendientes de ellas las del Conde, como todos á caballo, con espadas, espuelas y estribos dorados.

Caminaban detrás dos trompetas con sayos vaqueros, largueados (listados) con pasamanos de oro y alamares de lo mismo y luego todos los que desempeñaban oficios inferiores, en dos hileras, seguidos de ochenta acémilas, que del diestro llevaban acemileros, vestidos de paño guarnecido de oro, con los escudos del Conde á los pechos.

Las acémilas llevaban reposteros de felpa carmesí bordados de oro, con cordones, garrotes y guardas de plata. Seguía la guardia del Papa, á la que acompañaban los criados de los señores españoles y los pajes del embajador, en cuerpo, en caballos con cojines y maletas conforme á sus libreas, espuelas y estribos dorados.

Acompañaron la comitiva las mulas de los cardenales y luego los caballeros romanos, que pasarían de quinientos, así que el tránsito de tan brillante cabalgata duró hasta la noche.

El de Monterey iba en medio, llevando á los lados al hermano del Papa y al duque de Alburquerque, yendo así hasta la ciudad, donde les esperaban muchos cardenales y toda la servidumbre del Pontífice, con el Mayordomo mayor, que desde allí ocupó la derecha del embajador, poniéndose á la izquierda el patriarca de Antioquía.

En esta forma atravesaron el Corso, desde la punta del Pópulo, y al extremo se hallaba el palacio del duque de Alburquerque, pasando por entre la multitud, ávida de contemplar el fausto desplegado por los españoles.

El jueves por la mañana fué el día señalado para entregar al Soberano Pontífice las letras del Rey, haciéndole sumisión en la iglesia de San Pedro.

Ocioso es decir que para tan solemne ceremonia engalanáronse todos con más primor, si cabe, que el día de la entrada y que los señores dieron á sus criados libreas diferentes, señalándose la que sacaron los del conde de Monterey, que era de terciopelo negro liso, cuajado de aspás de guarniciones de seda negra, con botones de oro de martillo, con cadenas y cintillos, jubones bordados y ferruuelos de gorgorán.

Como no había cumplido el año de la muerte de Felipe III, el embajador y los demás señores vestían de terciopelo negro, aunque ya con cierta gala, llevando Monterey la capa de ámbar y gran cantidad de diamantes y perlas, así como el marqués de Frómista, Eraso y los demás caballeros.

Trece gentiles-hombres, muy lucidos en sus trajes, servían de cortejo al duque de Alburquerque y al hermano y *nepote* seglar del Papa.

Llegados que fueron al Vaticano, esperó el embajador

en un salón al efecto destinado, para que el Pontífice saliese al en que suele recibir á los embajadores, y una vez que así lo hizo, pasó á su presencia.

Estaba Su Santidad Gregorio XV sentado y de pontifical, con una capa de coro de raso carmesí, bordada de oro, puesta la tiara, que era de brocado.

Entró Monterey acompañado de Alburquerque, subió cinco gradas del solio, besó el pie del Papa y puso en sus manos la carta de S. M. C., hecho lo cual retiráronse á un tabladillo dispuesto en medio del salón.

Tomó la carta el secretario de Breves, leyéndola en alta voz, y cuando terminó, dijo el Conde, desde donde estaba, un discurso en castellano, contestándole en latín el secretario del Papa. Volvió el Conde á besarle la sandalia en presencia de los cardenales y tras él hicieron igual acatamiento los caballeros todos de su comitiva, y á medida que pasaban, el Conde manifestaba á Su Santidad el nombre de cada uno de ellos.

Luego que le hubieron besado el pie todos, hasta la servidumbre del embajador, retiróse el Papa á una habitación, llevando la cola de su vestidura Monterey y Alburquerque. Allí se quitó la capa y quedó en otro hábito, que también tenía larga falda, que prosiguieron llevando los mismos, hasta el dormitorio de Su Santidad, que estaba en el piso superior.

Retiróse aquél por espacio de un cuarto de hora, al cabo del cual salió, vestido con una túnica blanca, á modo de las albas de decir misa, dirigiéndose al aposento destinado á comedor.

Diéronle aguamanos antes de sentarse á la mesa y acto continuo sentáronse también los embajadores junto á otra, que estaba retirada unos siete pies de la del Pontífice, y dónde había al efecto un banco de respaldo, de terciopelo.

Permanecieron descubiertos, hasta que el Papa les hizo señal de que se cubriesen, que fué al empezar la comida.

Cada vez que el Papa bebía, poníanse en pie los embajadores y se descubrían, y todos los demás concurrentes hincaban en tierra una rodilla.

Como agasajo especial envióles varios platos á su mesa, en algunos de los cuales estaban las iniciales del duque y del conde, con exquisita galantería.

A los embajadores sirvió la copa D. Sancho de Fonseca. Durante la comida leía un monseñor una epístola de San Jerónimo, y otros ratos, en una estancia inmediata, cantaba un coro acompañado por el órgano.

En acabando la comida dieron nuevamente aguamanos á Su Santidad, sirviéndole la toalla Monterey, despejando luego el salón todos los concurrentes, quedando solos el Papa y los dos embajadores, que aproximando su banco le tuvieron un rato de conversación de sobremesa, hasta que el Papa se retiró á su habitación.

Entonces aprovechó el Conde la ocasión para pasar á la cámara del cardenal Ludovisi, y después de visitarle salió del palacio con gran acompañamiento de carrozas, á continuar las visitas á los demás cardenales, dando prin-

cipio por monseñor Sauli, que era el decano del Sacro Colegio.

Duraron las visitas lo que restaba de tarde, regresando luego el embajador á su palacio, dejando profunda impresión en los curiosos romanos la aparatosa ostentación del representante extraordinario de Felipe IV el Grande, como después le hizo llamar la adulación del conde-duque de Olivares.

Hoy podemos comparar uno y otro tiempo y una y otra embajada extraordinaria.

JULIO MONREAL

#### LOS PILLUELOS DE SEVILLA (1)

Desde que Miguel de Cervantes Saavedra escribió su famosa novela *Rinconete y Cortadillo*, verídico cuadro de costumbres truhanescas, que pinta á las mil maravillas las graves ocupaciones de los muchachos callejeros, el pilluelo de Sevilla adquirió cierta personalidad indisputable en el Baratillo y en el Barranco, y pudo señalarse con el dedo.

Los chicos esportilleros que se ocupaban en llevar en sus cestas y costales el producto de la compra de los aficionados á la azulada sardina, al robusto sáballo y á la rechoncha patata, que solían ofrecerse y se ofrecen aún al consumidor en los indicados sitios y en ciertas solemnidades, son los mismos que hoy se dedican á otras industrias más fáciles y llevaderas, y usan, como aquellos, la gorrilla terciada, la camisa sucia, los pies descalzos y las uñas largas.

¿Ha habido progreso en sentido moral en estos pequeños desheredados de la falange social, y lo que no han perdido en gracia y desenvoltura lo han ganado en honradez, instrucción y sanas costumbres?

Estudiémoslos y podremos darnos alguna respuesta.

El pilluelo de hoy, procede como el del siglo XVII; no tiene casa ni hogar; esquivá toda ocupación metódica y continuada; sirve muchas veces de instrumento á las asociaciones tenebrosas que se dedican al robo ó á la estafa y suele trabajar por su cuenta en la Feria y en el Barranco con el consabido costal y la histórica espuerta. Competidores de los hijos de Galicia en las cargas de menor calibre, se empujan en la estación ó en las paradas de simones, solicitando llevar la maleta ó el saco de noche del viajero, y suelen de vez en cuando escabullirse, como el famoso cortador de antiparras de Cervantes, para mermar el saco del prójimo detrás de una esquina ó dar un avance á las provisiones de boca.

De la misma manera que su antecesor del siglo pasa-

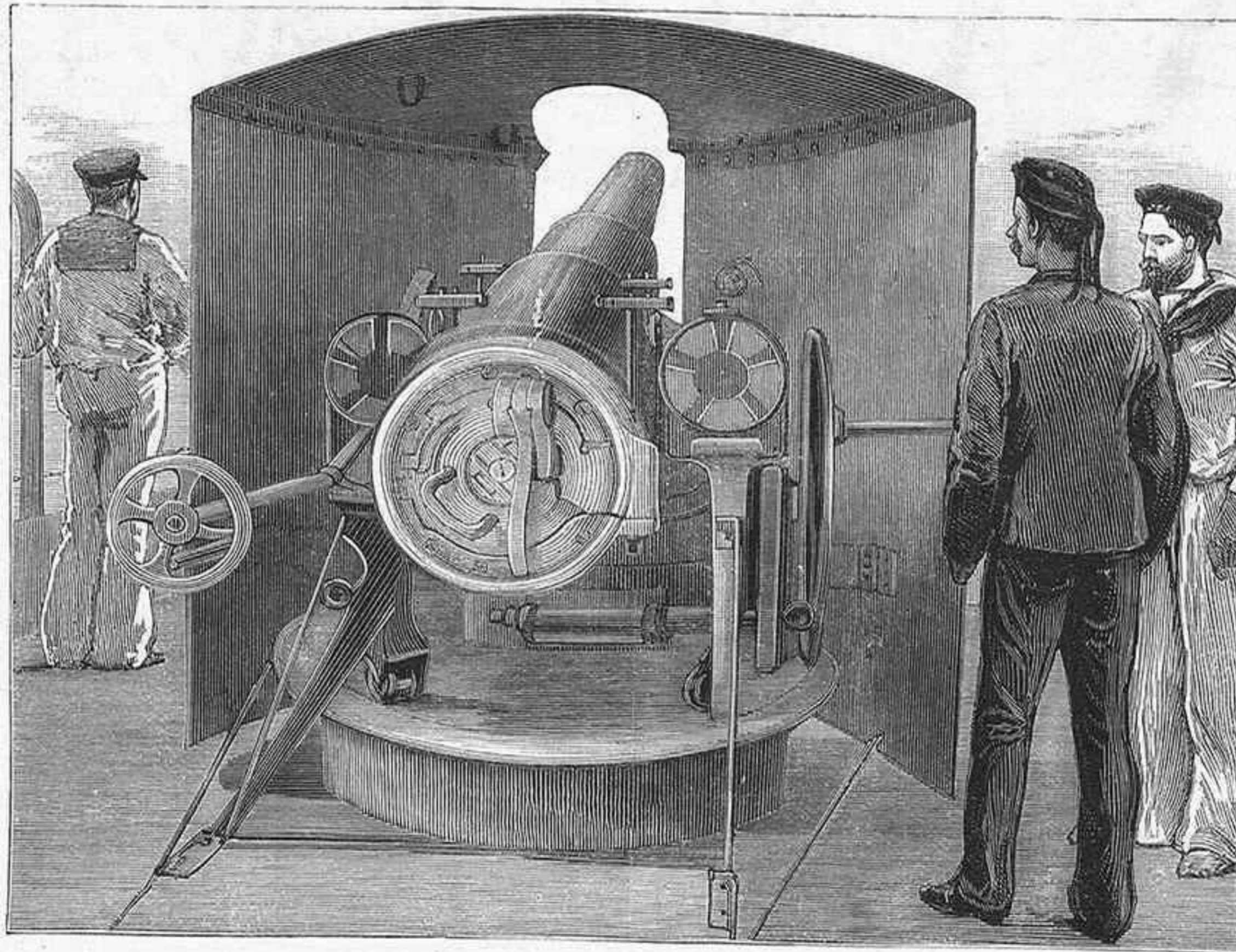
(1) Pertenece este artículo á la obra publicada por el editor D. Juan Pons, que se titula: *Los españoles, americanos y lusitanos pintados por sí mismos*.

do ofrecía fuego al transeunte en su enorme torcidón encendido, ó penetraba en la botillería á presentar el ramo de *miramelindos* á la currutaca y al currutaco, ofrece hoy las cerillas del *Globo* ó presenta sus *bouquets* de camelias á nuestros pollos vestidos á la inglesa; aquéllos no conocieron á sus padres; éstos no recuerdan más caricias ni más rostros maternos que los de las hermanas de la Caridad ó los de las aristocráticas devotas de San Vicente de Paul.

Los grandes adelantos de la época apenas han influido en su aspecto ni en las inclinaciones de su ministerio truhanesco.

Si antes jugaban á cara ó á cruz en las gradas de la Catedral, en los escalones del Baratillo ó en los asientos adosados al muro plateresco de las Casas Consistoriales; si se deslizaban bajo los portales donde aun se refugia el tipo ya antidiluviano del covachuelista, hoy siguen los mismos juegos con las piezas de cinco céntimos en la plaza Nueva ó en el Duque; se han trocado las estampitas de don Crispín por los cromos alemanes y los astrosos naipes de Rinconete por las barajas sobrantes de Olea, que compran por cuatro cuartos en los casinos y en las casas de azar, á donde suelen conducir *caballos blancos* ó *habaneros*, como antes conducían *novatos* ó *indianos*.

Dicho sea en honor del progreso: los pilluelos del tiempo de Cervantes, ni aun los de la época de Costillares vendieron jamás billetes de lotería ni sobres de cartas para los soldados; estas industrias modernas pertenecen de derecho á los pilluelos de nuestro siglo, y no es nuestro ánimo deprimirlos ni menoscabarlos. La venta de los billetes de lotería tiene para ellos un notable aliciente. El ingenio puede revelarse con facilidad y la propina que representa la venta de un décimo, depende de un trabajo especialísimo en el que entra por mucho el arte de Lavater y de Gall unidos en una pieza. El chico vendedor de billetes tiene que estudiar el carácter del comprador, adivinar cuáles son las combinaciones numéricas que le son simpáticas, saber hasta qué punto debe rogar, retirarse ó dejar como abandonado el billete; escudriñar, en fin, si le son propicias las imaginaciones del que ataca ó si el estado de su ánimo le permite soñar en el premio gordo, que él cuida de mostrarle en lontananza. Una pieza de perro grande, si el billete es de lotería nacional, ó un perro chico, si el décimo pertenece al asilo del Pardo, son el premio de cada estudio fisonómico ó frenológico felizmente practicado.



COLOCACIÓN DEL TUBO PARA HACER EL DISPARO

Únicamente en este punto hallamos un rayo de moralidad que puede proyectarse sobre esas cabezas juveniles y picarescas. El pilluelo bajo este último aspecto no es más que un comerciante que compra á algunas horas de fecha y que tiene que pagar su mercancía al lotero, reservándose el tanto por ciento del cambio. Por una caprichosa combinación social, el juego, que suele ser venereo de inmoralidad para el pilluelo en todas sus otras manifestaciones, viene á darle aquí motivo de regeneración y lección provechosa. Cuando no devuelve religiosamente el dinero de los billetes vendidos, flaquea su crédito comercial y no encuentra quien le abra nueva cuenta.

En el mismo caso se halla el revendedor de billetes de espectáculos, industria que les es asimismo peculiar y que se verifica en condiciones muy semejantes.

El principal escollo de estas ocupaciones subsiste á pesar de todo, si se atiende á que el hábito de *vaguear* no se quebranta con este comercio *sui generis* y por todo extremo peligroso. Los comerciantes de billetes no trabajan y ganan poco: el vicio los persigue en su mismo mercado, y cuando les sorprende la juventud con su cortejo de pasiones, tienen el peor de los sibirismos: el sibirismo de la miseria.

Entonces se borran de nuevo las escasas diferencias que enlazan al pilluelo del presente y del pasado y entran unos y otros en el triste concierto de la culpa. Rateros, esportilleros y revendedores se confunden en ese tipo genérico conocido con el expresivo nombre de *granuja*, que escamotea con la misma facilidad un racimo de uvas, que un pañuelo perfumado; que lo mismo hace provisión de cigarros, que de moneda falsa y terrones de azúcar.

Aquí podemos seguir el paralelo sin que encontremos la menor diferencia. El granuja del siglo XVII se levanta con el sol y duerme bajo del portal ó en el porche de la iglesia; el de nuestro siglo tiene tan sólo una tendencia más, desea que el sitio en que ha de pernoctar pueda llamarse suyo, á la manera de aquel elefante de madera de que nos habla Víctor Hugo al describir las costumbres del pilluelo Gavroche.

En Sevilla hay diversos ejemplos que demuestran esta tendencia, basada inconscientemente en algún aforismo de Proudhon. Los muchachos vagabundos de Sevilla han hallado un extraño albergue en lo más céntrico de la capital: el tablado levantado para la música en la Plaza Nueva.

Desclavando ingeniosamente una tabla de sus costados y aprovechándose de aquella especie de foro teatral, se deslizan como gatos por la abertura practicable y toman tranquilamente la horizontal durante la noche en aquel cuartel de invierno. Los diálogos que suelen entablarse entre los huéspedes suelen ser entretenidos é interesantes. Aquella es su casa, la han tomado por derecho propio, de igual manera que Colón, Cortés y Pizarro tomaron posesión de las inmensas sabanas del nuevo mundo. Con el mismo derecho y por los mismos trámites tomó también plaza en unas colosales tinajas vacías de la calle de Varflora otra mesnada de granujillas, que habitan bajo sus cúpulas de barro, semejantes á las de un hermoso palacio encantado de sandijias.

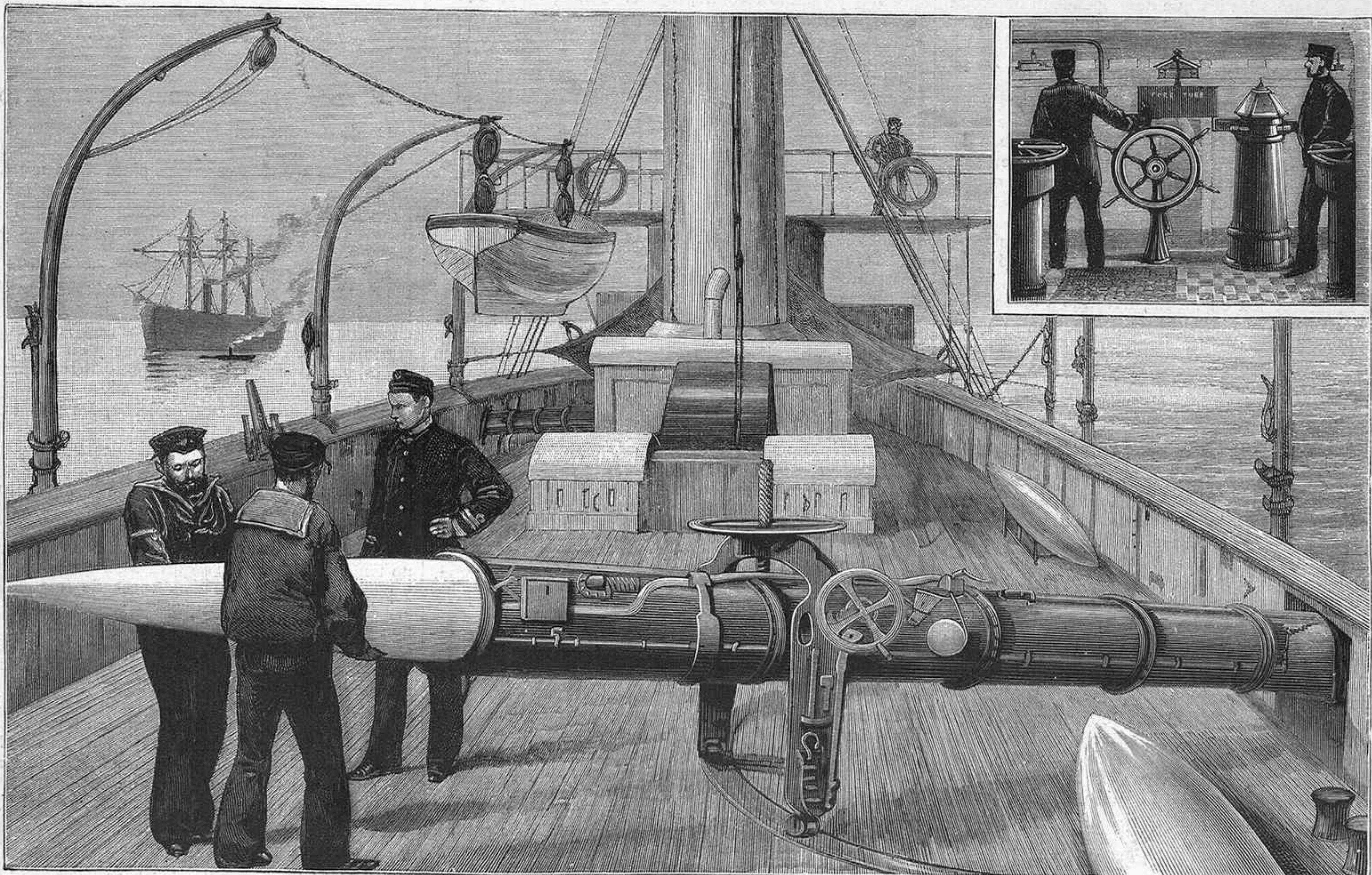
Cuando lleguen á la edad de la razón, ó mejor dicho, de las pasiones, tendrán acaso palacios más cómodos y ventilados.

El Pópulo ó el Saladero.

Ellos se tienen la culpa... ¿Por qué nacieron sin madre?...

BENITO MÁS Y PRAT

#### UN NUEVO TORPEDERO



ACTO DE CARGAR UN TUBO DEL TORPEDERO EN LA CUBIERTA SUPERIOR

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN